

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION É IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *La modestia*, Nicolás Muñoz Cerissola.—II. *Los fuegos fatuos*, Dionisio J. Delicado y Rendon.—III. *La hora de la desgracia*, J. V. Camacho.—IV. *La yegua del beduino*, Dionisio J. Delicado y Rendon.—V. *Rimas*, Domingo Arjona Casado.—Noticias.—ANUNCIOS.

LITERATURA.

LA MODESTIA.

Hablar de modestia en el siglo XIX, en el siglo de la plata Ruolz, de la *Orfebrerie Cristofle* y de los diamantes americanos, parece el mayor de los anacronismos, sobre todo cuando los hombres hemos relegado al olvido esa cualidad preciosa, como mueble inútil é inservible, mejor dicho, como obstáculo tradicional, que se opone al lógico desenvolvimiento de las teorías modernas.

Pretender pues que una mujer bonita, no oculte, sino que no haga al menos gala de sus encantos, cuando las feas se la dán de guapas gracias al *esmalte de Paris*, al *secreto de Lais* y otras menudencias, es una injusticia de á folio.

Querer que una chica virtuosa no demuestre que lo es, cuando muchas que en realidad son unas pecadoras la van echando de santas, no no puede consentirse en manera alguna.

¡Con que hablen ustedes de modestia!

Prediquen ustedes que el verdadero mérito no necesita presentarse en anuncios, ó como decían nuestros abuelos, «el buen paño en el arca se vende,» y verán ustedes, mis bellas lectoras, como nadie cree una sola palabra de todo eso, que ahora se llama por los filósofos de pacotilla, *vancias preocupaciones del pasado* que es preciso destruir á todo trance.

Y llevan razon, preciso es confesarlo.

¿Hubieran hecho fortuna hace sesenta años el aceite de bellotas, los específicos del doctor Gar-

rido, ni la caja de imposiciones de doña Baldomera?

Seguramente que no: y he aquí explicado porque á la modestia reemplaza ahora la inmodestia, por que á lo perfecto se sobrepone lo defectuoso, por que á la virtud se ha sobrepuesto el vicio.

Y sin embargo, por más que rindamos culto á tales imperfecciones, por más que transijamos con ellas, no dejamos de reconocer que la modestia es para las mujeres, lo que son las sombras y las medias tintas para la entonacion de un cuadro: el elemento indispensable, la cualidad *sine qua non*, el todo se presenta frío, sin interés, sin atractivos.

Sucede hoy con las virtudes, lo que con la pedrería y los metales.

No por que muchos usen diamantes falsos y relojes de doublé que lucen como verdaderas joyas, dejan por eso de conocer y hasta de ambicionar, los buenos, los finos, que son en primer lugar mejores y en segundo no expuestos á un fracaso.

Fulana tiene reputacion de sábia, reputacion que ella es la primera en aumentar.

Pero llega un momento dado y... adiós mi dinero, salimos con que es estúpida por los cuatro costados.

H. es la mujer más pura, más casta y más honrada que se conoce.

Ella al menos así lo asegura.

Más ocurre una coincidencia y... nos hallamos con que la buena señora aventaja con mucho á Mesalina.

J. es una chica que llama la atencion por su cabello, por la blancura de su tez y por la perfeccion de sus formas.

Pero se sabe por conducto fidedigno, que su cabello es postizo, su blancura adquirida con afeites y sus formas debidas al algodón en rama.

¡Fiese usted luego de las sábias, de las honradas y de las hermosas! dicen los hombres.

Y no puede menos de suceder así.

Conforme llega un día en que los diamantes americanos pierden el brillo y se convierten en cristales súcios, llega también el momento en que el falso mérito, el resultado de la inmodestia, aparece á los ojos de todos, más horrible aún de lo que és.

En cambio la modestia, esa adoracion de todas las virtudes, esa coraza invulnerable contra todos los vicios, brilla siempre resplandeciente, prestando mayores atractivos á la mujer que la posee, centuplicando sus encantos, realzando hasta lo indecible la belleza de aquel corazón, en cuyo fondo se anida pudorosa la verdad y crece espontáneo el pudor del alma, el más grande, el más bello de todos los adornos con que el Señor colmára á ese ser, puesto sobre la tierra para nuestro consuelo.

La modestia, dice Fontenelle, encierra inmensas ventajas para las mujeres, puesto que dobla su hermosura y vela sus imperfecciones.

La mujer inmodesta, añade Mde. de Graffigny, pierde voluntariamente la mitad de su belleza.

Las mujeres por último, esclama Young, no deben ni física ni moralmente aparecer por completo desnudas: es preciso por el contrario, que el velo de la modestia oculte hasta los encantados misterios de su alma.

Ahora, mis amables lectoras, decidme si no adorais la modestia.

NICOLÁS MUÑOZ CERISSOLA.

LOS FUEGOS FÁTUOS.

Atravesando un valle circundado de agrestes montañas, que parecían quererlo ocultar á los codiciosos ojos de los árabes fronterizos, cortado por un apacible riachuelo, en cuyos tersos cristales quebrábanse los últimos rayos del sol poniente, mientras las aves hendían el espacio en busca de sus nidos y los rebaños volvían al redil, caminaban lentamente, aunque con la rienda suelta, dos corceles andaluces tan escasos de edad, como sobrados de bríos.

Oprimía el robusto lomo del potro overo una dama, joven como la misma juventud, hermosa como la hermosura misma, de tez alabastrina, cabellos rubios que se derramaban á la manera de una cascada de oro líquido, por un cuello de cisne, ojos cuyo fulgor no lograban amortiguar dos cercos de larguísimas pestañas y lábios que, por lo frescos parecían un capullo de rosa, por lo encendidos un asua de fuego.

En la mano derecha cubierta por un guante de ámbar, llevaba un tagarote con pihuela y caperuza, mientras que abandonaba desnuda la izquierda á un gallardo doncel que cabalgaba á su lado sobre el cuatralvo más hermoso que ha pacido nunca á orillas del Guadalquivir.

Ella se llamaba Blanca de Hinestrosa y era la hija única de un honrado caballero que, después de haber guerreado contra los moros por espacio de treinta años, durante los cuales ganara muchas y honrosas cicatrices pero muy pocas doblas zahenes, se había retirado á su torre-solar, informe caseron á través de cuyos tejados se filtraba el agua de las nubes, cuyas ventanas desprovistas de vidrieras no oponían obstáculo alguno al cierzo y cuyos muros abrumados bajo el peso de su venerable ancianidad, amenazaban venirse al suelo el día menos pensado.

Él se llamaba Pedro Ximenez de Urrea, apenas había llegado al quinto lustro de su vida y era un poderoso rico-hombre dueño de toda la comarca, sobre la cual ejercía más autoridad que el mismo soberano de Castilla; en suma, uno de aquellos reyezuelos del feudalismo, que no reconocían en el monarca superioridad sino primacía, le disputaban no pocas prerogativas y se atrevían á imponerle condiciones para prestarle vasallage.

A pesar de su calidad, Pedro era bueno, sensible, generoso y bravo; lo decían á voces su rostro moreno siempre risueño y alegre, sus ojos de mirada franca y tranquila, sus labios entreabiertos de continuo por la sonrisa, la energía de sus ademanes y la impetuosidad de sus palabras.

Las familias del viejo hidalgo y del joven infanzon estaban ligadas por los vínculos de un parentesco, que si bien lejano ya, todavía había servido de título para que la ley confiase al primero la tutela del segundo, huérfano desde la más temprana edad.

Criados bajo un mismo techo, Pedro y Blanca se amaban con ese amor sincero y profundo que nace en la cuna y muere en el sepulcro. Desde que comenzaron á balbucear las primeras palabras, habían hecho comunes para ambos las penas y los placeres de cada cual, confiándose mutuamente sus pensamientos y complaciéndose en apretar el lazo que unía sus dos almas, de tal manera, que llegó á serles imposible vivir separados un solo momento.

Al verlos siempre juntos, tomábanlos por hermanos los que no los conocían, y los que los conocían, aseguraban que habían de hacer la más linda pareja del mundo arrodillados cabe un retablo y teniendo enfrente al capellan del castillo con la mano levantada en actitud de echarles la bendición.

Y era verdad; habían nacido, como se dice vulgarmente, el uno para el otro. Pedro se desvelaba por satisfacer, más aun, por prevenir los antojos de Blanca. Él educaba los potros que ella había de montar y los alfanegues con que había de cazar, la acompañaba á la iglesia llevando el cogin sobre que había de arrodillarse, se adelantaba para darle el agua bendita con que había de humedecer su frente, le presentaba la mano para que en ella apoyase su menudo pié cuando había de cabalgar, templaba el laud que había de tañer, vestía sus colores y en

suma, no tenía otro pensamiento, otro afán, otro placer que el de agradarla.

Por su parte, Blanca luchaba sin desventaja en aquel perpétuo combate de amor. Obra de sus manos eran las bandas de seda recamadas de oro, que Pedro lucía en las justas y torneos, sobre su seno virginal habían vivido algún día las flores que Pedro llevaba á los labios, y sujetado más de una vez su blonda y perfumada cabellera las cintas con que Pedro adornaba el pomo de su estoque toledano.

Sabido esto, sería ocioso decir, porque barto bien se colige, que á pesar de todos sus arreos venatorios, los dos jóvenes no iban hablando de cetrería si no de sí mismos.

* *

—¡Pedro! exclamó Blanca arrojando un profundo suspiro, hace tres días que me atormenta una idea espantosa, un presentimiento horrible. El corazón me dice que voy á perderte para siempre si sales con tus huestes á esa algarada.

—Nada temas, ángel mío, contestó el mozo á quien hizo sonreír de orgullo y de placer la amorosa inquietud de la niña, tu amor me hará invulnerable á las lanzas enemigas. Blanca no supo que responder pero llevóse el blanco pañuelo á los ojos, para enjugar las lágrimas que los arrasaban.

Pedro permaneció silencioso un instante viéndola llorar, pero luego tomóle la mano y exclamó

—Blanca, Blanca mía, Dios me es testigo de que por ahorrarte una sola lágrima daría cuanto tengo; mis estados, mis riquezas, la vida que fuera preciso, todo, todo... excepto la honra, pero debo marchar y marcharé mal que nos pese á entrambos. El rey me llama y he de acudir á su apellido porque ningún hijodalgo que de tal se precia puede escusarse de desnudar la espada cuando llega la ocasión. ¿Quieres que los nobles de Castilla, al notar que mi pendón señorial no ondea entre las filas del ejército, pregunten en son de burla por el paradero de Pedro Ximenez de Urrea? ¿Quieres que digan con despreciativa sonrisa, que prefiero dormir en mullido lecho, beber hipocrás al lado del fuego, y solazarme con cántigas de trovadores á arrostrar las fatigas y los peligros de la guerra? ¿Quieres que añadan, encogiéndose de hombros, que mientras ellos manejan el montante y espolean el caballo de batalla, yo me escondo tras el brial de una dama ni más ni menos que un juglar bellaco y mal nacido?

Blanca levantó los ojos, llenos de lágrimas, y los fijó en el enardecido rostro de su amante.

—No, dijo haciendo un heroico esfuerzo sobre sí misma, vé donde el deber te llama, tu honra es antes que mi felicidad.

Y al acabar de pronunciar estas palabras, rompió á llorar amargamente.

—Blanca, repuso el doncel con acento de dulcísima ternura, no llores, porque tu llanto me mata. ¿A que atormentarnos con esos tristes agüeros de desdicha? Volveré sano, salvo y cubierto de gloria. Ten fé en Dios y en Marisanta su madre!

—¡Oh! si, la tengo, Pedro, pero también la tengo en mi corazón que no me ha engañado jamás. ¿No te anuncia el tuyo mal alguno?

—No, alma mía, ninguno, porque lo único que pudiera temer, sería que con la ausencia se entibiase tu cariño y eso...

—¡Oh, eso es imposible. Pedro mío!

—¿Nunca me olvidarás, Blanca?

—¡Olvidarte! Antes que tal aconteciera se volverían atrás las aguas del arroyo que corre á nuestros piés y se apagaría el sol que ahora nos alumbra. Como te he amado hasta aquí, te amaré mientras conserve una gota de sangre en las venas y un soplo de vida en el pecho. ¡Tuya ó de nadie! ¡lo juro por mi alma!

—¡Bendita seas! exclamó el mancebo con efusión y cubriendo de besos la mano de su amada, fio en tu palabra como en la palabra de Dios, porque sé que no puedes engañarme. Con la ayuda del cielo volveré vencedor para poner por alfombra de tus piés las enseñas granadinas que gane en la jornada; volveré y un día después de mi vuelta, Blanca de Hiestrosa será la rica-hembra de Urrea.

—¡Ah, Pedro! contestó ella moviendo tristemente la cabeza, tus palabras son gratas á mi oído, pero no llegan hasta mi corazón, halagan mis deseos y mis esperanzas pero no consiguen disipar las dudas y los temores en que siento anegada el alma. ¡Si una lanza mora atravesase tu pecho! ¡oh Dios mío! ¡si no volvieras!

—Volveré, te lo juro á fé de cristiano y caballero. Te he prometido volver y aunque perdiese la vida en la batalla, volvería del otro mundo á cumplirte mi palabra.

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

(Se concluirá.)

LA HORA DE LA DESGRACIA.

I.

—Guerrero del turbante rojo, cuyo blanco alquicel flamea al soplo del viento de la tarde: vuelve la vista al Oriente para contemplar los últimos celajes del sol moribundo.

Oye: tu caballo ha relinchado tres veces y husmea impaciente la tibia brisa de la tarde.

—Anciano: mi caballo, azotando con sus largas crines el cuello nervioso, me anuncia que el combate se acerca.

—¿Y por qué, guerrero del desierto, no haces volar al animal fogoso y pruebas el temple de tu acero para la hora del combate?

—Ayer, ¡oh anciano! ví revolotear al cárabo nocturno por mi tienda, el gallo centinela cantó con violencia, y mi perro de lomo cerdoso aulló con su agorero ladrido.

—Y eso, ¿qué te anuncia, guerrero?

—Anciano, ya llegó la hora de la desgracia y está escrito que moriremos en el combate.

—Guerrero del turbante rojo: la desgracia engrandece el ánimo elevado... Vé con tu alfanje cortante y tu caballo de largas crines, pelea como bueno, y al regar con tu sangre generosa la arena de la lidia, piensa que cumples tu deber y muere contento.

—Adios, anciano, busca mañana entre los muertos al perro que esté lamiendo las heridas de un cadáver... ese cadáver será el mío. . Dále un bocado á mi perro y lleva mi hermoso caballo á la palmera del desierto donde está mi tienda... Adios, anciano, voy resignado, porque ya llegó la hora de la desgracia!

II.

—Vé en paz, joh niña de los ojos garzos! Tu cintura es esbelta como el junco del lago y se cimbra como la palma del Cairo. Vé en paz, granada en flor, rubí del turbante del profeta. Con él vayas, la morena, la deseada, la azucena de la roca, la paloma que arrulla en el bosque á su amante.

—Voy, joh anciano! á la orilla del mar... Mi cantarilla está vacía y entre las rocas brota un hilo de agua para llenarla... Anciano, mi madre y mis hermanos pequenuelos tienen sed, y mi pobre padre no puede venir á la fuente.

—Alá te guarde, joh niña de la cántara frágil! Ojalá que tus ojos, brillantes como los de la gacela, no vuelvan de la fuente húmedos, de lágrimas ardientes. El jaguar aulla en las noches de luna, y el pirata sesteá á la orilla del mar en las tardes abrasadoras del estío.

—Anciano, cuando suena la hora de la desgracia, se levanta la frente y se marcha con valor. Mis hermanos pequenuelos tienen sed y debo ir á la fuente.

—En paz vayas, niña de los flotantes rizos de azabache, negros como mis recuerdos. En paz vayas á la fuente de los juncos, y quiera Alá que sus cristales transparentes no sean tu último espejo.

—Anciano, llegó la hora de la desgracia y está escrito.

—¡Pobre niña!... Ya solo se oye el grito desgarrador que trae á mi tardo oído la brisa nocturna... ¡Ya no verás más á tu sedienta madre! En las tardes de estío descansa el pirata á las orillas del mar, y el jaguar de afilados dientes vela en las noches tenebrosas.

III.

Como blanca gaviota que va rizando con sus alas la superficie de las olas, así vá mi nave velera por la inmensidad del Bósforo.

Todos duermen al fulgor de la luna, y solo yo velo contemplando la estrella de la noche; flotante luminaria del palacio sombrío.

—Marino, estás inquieto. Tu barca flota á impulso del viento que azota las velas contra los altos mástiles. Tu mirada ardiente escudriña el horizonte como pidiéndole á la eternidad sus secretos. ¿Qué tienes, marino?

—Anciano, aquella faja nebulosa se levanta como un vapor sombrío. Pronto tras ella oirás el fragor de la tormenta, y las olas bonancibles serán montañas encrespadas que estrellarán mi nave contra las rocas. Anciano, llegó la hora de la desgracia y está escrito.

—Marino, tu chusma valerosa salvará la nave bajo tu mando.

—Anciano, yo nací en el mar, cuyas olas me han

mecido como en un regazo materno; yo he visto la tempestad, y entre sus ruidos estruendosos, he oído la voz de Alá. Anciano, yo conozeo las tormentas que se vencen y las que hunden la fragil barca en los abismos. Oye: ese trueno, ese rayo y ese viento son mi cabezal de muerte. Ya el sombrío Azrael bate á mi lado sus alas gigantesas y me extiende su mano de bronce, que no suelta nunca su presa.

—Marino, llegó la hora de la desgracia, y la desgracia enaltece al ánimo elevado.

IV.

—Jóven, tú eres feliz, tu mirada altanera no ofende con su brillo; tu frente serena es imagen de la paz del alma. Yo he entrado en la comarca y los hijos de la aldea han pronunciado tu nombre con amor. A la caída del sol te he visto con tu tierna compañera y sosteniendo el paso vacilante de tu hijo, y enseñándole palabras que él repite con lengua balbuciente. Hoy te veo con expresión intranquila. ¿Qué tiene el hijo de la paz?

—Anciano, el fuego prendió en mi sementera. Las espigas doradas de ópimo fruto, se convirtieron en cenizas entre las llamas destructoras. Yo trabajé mi sementera largo tiempo, y al recojer el fruto, el fuego lo devoró.

—Jóven, brotará de nuevo la espiga y la tierra, retemplada por el fuego, al recibir la lluvia bienhechora, te dará frutos más abundantes.

—Pero la hora de la desgracia ha sonado, anciano.

—En la hora de la desgracia se eleva el ánimo, y al presentarse el obstáculo, no debe el viajero detenerse, sino quitarlo del medio con las armas de la constancia. Valor, joh, jóven! que el valor y trabajo vencen la fortuna contraria. Está escrito que la desgracia es el crisol donde se purifica el alma.

—Alá bendiga tus palabras, joh, anciano de la frente rugosa! Volveré á mi tienda y daré á los míos el pedazo de pan que me han dejado. Volveré á mi tienda y tomaré de nuevo el instrumento del trabajo, y si llega otra vez la hora de la desgracia, levantaré la frente, como el caballo cuando siente el clarín de los combates.

J. V. CAMACHO.

POESÍA.

LA YEGUA DEL BEDUINO.

Vino á vender su corredora yegua,
Lloroso y afligido
Un pobre beduino del desierto
Por el hambre transido
Y de súcios harapos mal cubierto.
Mucho el hambre le aqueja
Cuando vender su blanca yegua quiere
Que veloz el Simun atrás se deja
Y con su duro casco, apenas hiere
La roja arena del ardiente Sahara
Que mil veces cruzára
En las llanuras líbicas inmensas,

Blanca como paloma,
 Semejaba á la luna refulgente,
 Cuando rompiendo las tinieblas densas
 En el azul asoma
 Y de argentada luz el claro velo
 Al universo envía desde el cielo.
 Y el árabe jinete que volaba
 Sobre la yegua envuelto en el bornuz
 La sombra semejaba
 Que de la luna cerca la alba luz.
 Mil veces en aquellos arenales
 Do no brota una planta,
 Do ningún ave canta,
 Do resuena el rugir de los chacaes,
 Sufrieron el jinete y su montura
 Sed y cansancio, hambre y calentura.
 Lloró Yusuf sin tregua
 Pues no tiene que darle de comer;
 ¿Ha de dejar morir la pobre yegua?
 ¡Oh nó, que viva! sí, la vá á vender.
 Ya el Europeo desdeñoso cuenta
 El precio convenido,
 La diestra mano sobre el bruto asienta
 Que triste encrespa sus sedosas crines,
 Como si comprendiera
 Que pronto ha de partir á otros confines.
 El árabe altanero
 Oculta su dolor y su amargura,
 Pero no puede más, al fin ligero,
 Dice con voz tomada é insegura.
 «Nunca, gacela mía,
 »Mi dulce compañera,
 »¿Yo te he de abandonar? no, mi alegría
 »Volvamos al desierto, y Alah quiera
 »Que no mueras, *Saguira*, de pobreza,
 »Mas si te aguarda tan funesto hado
 »Allí contigo moriré á tu lado.»
 Dijo así el beduino y rehusando
 El dorado metal,
 De su yegua teal
 Acaricia las crines, y montando
 Partió como veloz el vendabal,
 Otra vez hacia el Sahara galopando

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

RIMAS.

¿Que no mienta? mujer, y que decirte
 De aqueste inmenso mal, que me aniquila
 Si tú no me conoces, si no sufres,
 Ni es posible que entiendas mi agonía?...
 ¿Sabes lo que es ser pobre, por ventura
 Estar enfermo para más desdicha
 Y hallarse condenado, sin remedio
 En un golpe de tos á dar la vida?
 Pues si ignoras lo que es mi sufrimiento,
 ¿A qué te afanas, porque yo te diga,
 Si la sangre que arrojó y que me mata
 De la cabeza ó del pulmon destila?

DOMINGO ARJONA CASADO.

NOTICIAS.

Su Santidad el papa Leon XIII acaba de honrar á nuestro querido amigo y colaborador el Excmo. e Illmo. Sr. D. José de Vargas-Machuca, con la gran cruz de S. Gregorio el Magno y la llave de gentil-bombre de cámara. Damos al agraciado, con quien nos unen los lazos de un cariño fraternal, la más sincera enhorabuena.

Ha sido destinado á Pamplona el oficial tercero del cuerpo administrativo del ejército, D. Julian Gonzalez.

Se ha abierto el pago de la última mensualidad devengada por las clases activas y pasivas.

El jueves pasado se celebró el matrimonio del Sr. D. Ramiro de Paz Viejo, con la Srta. D.^a Rita Viejo de Paz.

Sumo placer nos ha causado la visita de «La Violeta» elegante revista quincenal que se publica en Andujar bajo la inteligente direccion de D. José María de Andujar. Deseámosle muy larga vida y una no menos larga lista de suscritores.

Segun dice el «*Diario ilustrado*» de Lisboa en su número 1920, correspondiente al día 27 del mes pasado, la Sociedad financiera de París ha hecho una proposicion al gobierno portugués comprometiéndose á construir el ferro-carril de la Beira alta, en el tiempo y con las condiciones publicadas en el «*Diario do Governo*» al precio de 23.000.000 reis por kilómetro.

El consejo de ministros debió reunirse el día 1.^o de agosto, para decidir si se ha de aceptar ó no la proposición y en caso afirmativo, hacer la adjudicacion, declarando efectuada la subasta.

La compañía de los caminos de hierro del Norte de España, en combinacion con las del Mediodía de Francia y Orleans, ha acordado que salgan de Madrid trenes de recreo directos para París, haciéndose una considerable rebaja en los precios de los billetes, val deros para la ida y la vuelta.

Los precios desde Madrid á París ida y vuelta, serán: en segunda clase 405 reales y 50 centimos, y en tercera 287 reales y 30 centimos.

Ha sido nombrado primer teniente Alcalde, en sustitucion de D. Pedro Gonzalez, el concejal don Antonio Granados.

ANUNCIOS.

MÁQUINAS PARA COSER
de todos los sistemas.

AVISO

MÁQUINAS PARA COSER
de todos los sistemas.

À TODAS LAS FAMILIAS Y ARTISTAS

QUE NECESITEN

MÁQUINAS PARA COSER

EN CIUDAD-RODRIGO.

En la calle de Talavera, núm. 1.º, las encontrarán á los mismos precios y con iguales condiciones que en Madrid, Barcelona y Sevilla. Se venden á plazos ó como más acomode al comprador.

PRECIOS. Favorita, de cadeneta y mano á 200 rs.—Veloz, de idem 240 rs.—Nacional, de idem de doble respunte 320 rs.—Canadense, de idem 360.—Union y Brunonia, de idem. 400.—Progreso y Victoria, de idem 500.—Wilson y Silenciosa, de pié á 600, 700, 800, 900, 1000 rs.—Singer perfeccionadas con los últimos adelantos á 700 y 800 rs.

AL PÚBLICO. En el acreditado establecimiento de ANGEL CUADRADO, Plaza Mayor, núm. 20, e ha recibido, entre otras cosas, un excelente y bonito surtido en CROMOS de varias dimensiones. Así mismo TARJETAS DE FELICITACION en más de cien caprichos.

Además papel para cartas de lo más elegante. De hilo, de las mejores fábricas de Aragon, Cataluña, Valencia, Sardon y otras.



GRAN BARATO EN
RELOJERÍA.

GARANTIZADOS POR CUENTA DE LA FÁBRICA.

Se ha recibido un variado y escogido surtido en RELOJES de lo más selecto, tanto en los de sobre-mesa como en los de bolsillo, cuyas clases y precios son los siguientes:

De cuadro y sobre-mesa de última novedad, desde 80 á 400 rs.—De plata para caballero de 140 á 500 rs.—Cronómetros de idem de 400 á 600 rs.—De oro para idem de 700 á 1500 rs.—De idem con esmalte y simel para señoras, de 600 á 800 rs.

Representante de fábrica en Ciudad-Rodrigo,
SALVADOR BAZAN, Talavera 1.º

Mercado de Ciudad-Rodrigo, 6 de Agosto.
Trigo candeal, de 41 á 43 rs. fanega.—Idem barbilla, de 40 á 41 id.—Centeno, de 27 á 28 id.—Cebada, de 20 á 22 id.—Algarrobas, de 22 á 24 id.—Garbanzos, de 60 á 90 id.—Patatas, de 2 á 3 rs. arroba.—Aceite, de 62 á 64 rs. cántaro.—Harinas, de 1.º á 16 rs. y ½ arroba.—De 2.º á 16 id.—De 3.º á 15 id.—De 4.º á 10 id.—Menudillo á 6 id.

VARIEDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN
á 10 rs. el ciento.

En la misma librería, se sigue espendiendo con una aceptacion asombrosa, la verdadera y legitima

TINTA UNIVERSAL,
(EN POLVO.)

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
LA MODA ELEGANTE
ILUSTRADA.

En la redaccion de el „El Eco del Águeda,“ se admiten suscripciones á ambos periódicos sin recargo en el precio de comision, franqueo ú otro cualquier concepto. Los señores que se suscriban, gozarán de los mismos derechos y garantías que si lo hicieran directamente en la administracion central.

el sombrero!

—Pues que, vais á salir, señor?—preguntó el buen criado dando un paso á atrás.

—Si tal, date prisa.

—Pero señor, mirad que son las dos de la mañana y está nevando á más no poder.

—No importa, mi capa y mi sombrero.

Gottlieb obedeció mientras murmuraba entre dientes;—bien sabia yo que esto no podia acabar en bien. Es claro, está siempre solo, no se divierte como los demás jóvenes, trabaja de noche y de dia y no piensa más que en esos pícaros libros que le sorben el juicio. ¡Apostaría cualquier cosa á que el que ha traído esta noche es la causa de que salga de casa á tales horas!

Durante el soliloquio de Gottlieb, Magno se habia embozado en su capa, metido el sombrero hasta las cejas y con los *Coloquios de Brasmo* en el bolsillo, bajado de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera.

—Puedes acostarte, Gottlieb,—le gritó al llegar al zaguan,—no me aguardes, porque tal vez no vuelva hasta despues de amanecido.

—¡Santo Dios!—exclamó el pobre criado oyendo que tras estas palabras la puerta de la calle se cerraba con estrépito,—¡al amanecer y con semejante tiempo! ¡Y para qué? Si al menos fuera para imitar á su padre que solia decirme muy á menudo «Acuéstate, mi buen Gottlieb, acuéstate, yo pasaré la noche fuera.» pero ¡ay! no, ninguna mujer puede decir de que color son los ojos del baron Magno.

El viejo servidor habia pronunciado las últimas frases encendiendo su pipa en la chimenea, despues de lo cual dejóse caer con abatimiento en la butaca que su amo acaba de abandonar.

Bien pronto un sonoro ronquido sucedió á las enérgicas aspiraciones del fumador que, sin advertirlo, habia pasado de una á otra de sus dos ocupaciones favoritas.

VIII.

Entretanto Magno, sin cuidarse del cierzo y de la nieve que le azotaban el rostro, corria velozmente en direccion de la ciudad vieja. Si alguno de sus pocos amigos le hubiera encontrado á aquella hora y corriendo de tal modo, de seguro hubiera creído que acudia tarde á una cita amorosa, huía de la justicia ó se habia vuelto loco de atar.

Las calles estaban desiertas, y la espesa capa de nieve que las cubria, no dejaba que sus pisadas produjeran el más pequeño ruido. El silencio era profundo y solo de tiempo en tiempo repetía el eco la voz de ¡alerta! de los centinelas ó el ruido de un coche que se deslizaba por la calzada á ambos lados de la cual erguíanse, envueltas en un sudario de nieve, las altas casas de la ciudad nueva. Poco á poco las calles se fueron haciendo más estrechas, más tortuosas y más sombrías; las casas disminuyeron de altura y se agruparon como si conociendo su propia vejez, tratáran de sostenerse las unas á las otras.

Magno se vió obligado á aflojar el paso; estaba en la ciudad vieja. La oscuridad era tal que no podia avanzar sinó á tientas y además el enorme peso del libro le fatigaba sobremanera.

Por fin se detuvo ante una puertecilla baja y estrecha, guarnecida de grandes clavos de hierro y colocada entre dos ventanas que más parecian aspilleras. Aquella era la casa en que vivia el doctor Wolfamg, sábio conocido en toda Alemania y amigo íntimo del abuelo de Magno.

Si el joven baron no hubiera sabido de mucho tiempo atrás, que Wolfamg concedía muy pocas horas al sueño, el tenue res-

plandor que se escapaba por las ventanas dibujando fantásticas siluetas en la negra pared de enfrente, le hubiera indicado que el viejo no dormía todavía.

Magno levantó y dejó caer el pesado aldabon de hierro, cuyo sonido repercutió en todos los ángulos de la calle.

Al poco rato dejáronse oír algunos pasos dentro de la casa y la puerta se abrió de par en par.

IX.

¡Como, sois vos hijo mio!—exclamó Wolfamg levantando una lámpara que llevaba en la mano á la altura del rostro del jóven.

—Yo, querido maestro,—contestó Magno,—yo que necesito de toda vuestra ciencia.

—Pues subamos, subamos al instante; toda mi ciencia, como vos teneis la bondad de llamarla, está al servicio del nieto de mi amigo.

—Temí encontraros ya dormido, maestro.

—¡Ah, yo duermo poco, querido Magno; cuento las horas que me restan de vida y no son tantas que pueda malgastar una sola. Otto de Nierembusch tenia dos años menos que yo; su muerte me aconseja que no pierda tiempo si quiero terminar los trabajos que tengo comenzados.

Era Wolfamg un viejo como de ochenta años, robusto todavía aunque encorvado, cuyo semblante lleno de profundas arrugas revelaba una larga vida consagrada toda entera al trabajo. Sus ojos pequeños y grises brillaban como dos áscuas bajo las espesas cejas que les protegían. Su mirada franca é in-

Gottlieb, volvióse á sentar sin separar los ojos de aquellas letras silábicas.

Magno, más que un sábio era un erudito, pero á primera vista conoció que aquellos signos no pertenecían á ninguna alfabeto de las lenguas vivas. Durante una hora evocó todos sus recuerdos, hizo girar el libro en todos sentidos y examinólo bajo todos sus aspectos, pero en vano, los caracteres que bordaban la cubierta le eran desconocidos.

En su mayor parte estaban formados por trazos finos y rectos enlazados unos á otros y muy semejantes todos á los signos de la escritura cuneiforme.

No logrando clasificarlos, preguntóse cómo era que no los habia visto hasta entonces, ó mejor dicho como habian aparecido de repente sobre el forro de los *Coloquios*, que dos horas antes no tenía la más pequeña mancha de tinta. Aguijoneado por una vehemente curiosidad, lanzóse en el camino de la hipótesis. Dejó caer la cabeza entre las manos y comenzó á quebrársela buscando la clave de aquel enigma. La sangre de sus dedos afilados y blancos como los de una niña, transparentándose al resplandor de las llamas de la chimenea, le hicieron vislumbrar la verdad. Sin cuidarse de las miradas de extrañeza que le dirigía Gottlieb, acercó el *Erasmus* al fuego cuanto pudo. Tras un momento de espera lo retiró lanzando un grito de alegría. Los caracteres trazados sobre el pergamino se habian destacado vigorosamente hasta en sus perfiles más finos. Ya no cabía duda, aquello habia sido escrito con una tinta simpática y al acercarse Magno á la chimenea para leer, el calor lo habia hecho aparecer de improvisó.

—¡Eureka!—gritó como Arquímedes dirigiéndose al asombrado Gottlieb.—¡Si, eso es, eso es!... pero ¿qué querrá decir?

Y comenzó á examinar de nuevo, uno por uno, todos aquellos signos que parecían hacerle muecas burlándose de sus esfuerzos de inteligencia.

—Vamos,—exclamó levantándose de la butaca,—pues que Otto de Nierembusch ha muerto, Wolfamg es el único que puede sacarme de dudas. Vamos á su casa. ¡Gottlieb, la capa